

Comentarios sobre el *Manual de estilo* periodístico relativo a minorías étnicas y nuevas propuestas

Xavier Giró

■ *El Manual de estilo elaborado por el Colegio de Periodistas de Cataluña en relación a las minorías étnicas es el objeto de análisis de este artículo. A través del comentario de cada recomendación, el artículo proporciona una panorámica sobre cuales son y cuales tendrían que ser las rutinas de producción y los criterios utilizados por los medios de comunicación a la hora de informar sobre la inmigración. El autor ilustra y contextualiza sus comentarios sobre el Manual con ejemplos de casos reales que han surgido en los medios de comunicación respecto a la inmigración.*

Dejen que recuerde el objetivo de estas jornadas: discutir la imagen que los medios de comunicación ofrecen de la inmigración y, a partir de aquí, ser un preámbulo para la formulación de un conjunto de recomendaciones dirigidas a la opinión pública y a los profesionales de la información.

Hace ya unos años que el tratamiento de las minorías étnicas, y en particular de la inmigración, es una preocupación generalizada, al menos entre un nutrido grupo de académicos que lo han analizado desde distintos puntos de vista. Una preocupación no menos generalizada entre los periodistas. Tanto es así que desde hace tiempo la Comisión de Periodismo Solidario del Colegio de Periodistas elaboró un *Manual de estilo* que, desarrollando parcialmente el punto 12 del Código del Colegio de Periodistas de Cataluña —relativo a la discriminación por

razones de sexo, raza o creencias—, ofrece una serie de recomendaciones antidiscriminatorias y antirracistas, en particular.

Creo que para aquel que lo conozca, el *Manual de estilo* es y ha sido en los últimos años un instrumento de gran valor. No sólo por sus recomendaciones, sino también por el razonamiento que las articula. Se ha difundido tanto como ha sido posible, pero todavía le queda campo por correr. Ahora también está en el web, aunque, como es sabido, no sirve de mucho si los navegantes no se aventuran por esas aguas.

En su corta vida, ha recibido críticas y elogios y creo que estas jornadas no son únicamente una excelente oportunidad para repensar algunos aspectos del Manual, sino que sería absurdo obviar su existencia y empezar aparentemente de cero a hablar del tratamiento informativo de la inmigración.

No les extrañará, por tanto, que aunque parezca que empiezo la casa por el tejado (es decir, por el objetivo final de las jornadas), empiece por el citado Manual y, de este modo, empiece por lo que ya tenemos.

Mi propósito, a continuación, es comentar y discutir algunas de las recomendaciones de este Manual de estilo. Hablaré más de unas que de otras y mi intención es dar todos los ejemplos que pueda. También trataré de ampliarlas en lo posible, discutir su encaje en el trabajo cotidiano de los periodistas, prestando especial atención a los medios audiovisuales, en atención al CAC, la entidad organizadora; reformularlas si fuera necesario, añadir otras recomendaciones dirigidas a la opinión pública, a las empresas periodísticas y, eventualmente, al legislador.

El *Manual de estilo* consta de seis recomendaciones básicas:

1 No hay que incluir el grupo étnico, el color de la piel, el país de origen, la religión o la cultura si no es estrictamente

Xavier Giró

Professor de Ciències de la Comunicació de la Universitat Autònoma de Barcelona

necesario para la comprensión global de la noticia.

La reflexión es el mejor antídoto para no reproducir estos esquemas.

2 Es necesario evitar las generalidades, los maniqueísmos y la simplificación de las informaciones. Los residentes extranjeros no comunitarios son tan poco homogéneos como los autóctonos.

La mejor forma de evitar esta situación es consultando a los interesados para saber cómo desean ser nombrados, como individuos o como colectivo.

3 No deben potenciarse las informaciones negativas ni las sensacionalistas. Hay que evitar crear inútilmente conflictos y dramatizarlos. Hay que potenciar la búsqueda de noticias positivas.

4 Ecuanimidad en las fuentes de información. Es necesario contrastar las versiones institucionales. Hay que potenciar las propias de las minorías étnicas y tener especial cuidado en las informaciones referidas a los países de origen. La publicación de las rectificaciones como elementos que inciden en la calidad del medio informativo.

5 Responsabilidad de los profesionales. La importancia de la ubicación física de la información. «El efecto dominó». Utilización del material gráfico.

6 Militancia periodística: hacia una multi-interculturalidad enriquecedora para todos. La potenciación de las informaciones en positivo.

Empecemos por la primera recomendación

No hay que incluir el grupo étnico, el color de la piel, el país de origen, la religión o la cultura si no es estrictamente necesario para la comprensión global de la noticia.

La reflexión es el mejor antídoto para no reproducir estos esquemas.

Los autores del *Manual de estilo* ya pusieron de relieve que en muchas ocasiones estos datos no eran relevantes para comprender la noticia, pero que se introducían en un afán de dar todos los elementos disponibles. También señalaron, entre otras cosas, que su inclusión está relacionada con la formación de arquetipos positivos y negativos y, por consiguiente, tiene un efecto sobre la imagen que las personas que no pertenecen a minorías étnicas se forman sobre los otros, es decir, sobre los grupos a los que no

pertenecen. Implícitamente —supongo que todos somos conscientes de ello— hacen referencia al racismo y a la discriminación.

La recomendación de este punto —también la de otros— en ocasiones ha sido calificada de «políticamente correcta», pero secundaria. Pero creo que existen razones para discrepar de la objeción.

Racismo moderno

Su relevancia todavía se hace más patente si pensamos un momento qué es el racismo moderno. Coincido con los que lo definen como un sistema complejo de desigualdad social, legitimado por un determinado conjunto de creencias. No la creencia en la superioridad de unas supuestas «razas» —un concepto acientífico—, sino del nuevo racismo que podemos entender como una forma de conocimiento compartido. Podemos decir que el racismo está presente en alguna forma de conocimiento cuando:

[Construcción]. Se produce la construcción de una raza, es decir, cuando (a) algunas características corporales se utilizan como indicador de un grupo humano y se asocian con formas de comportamiento o —y eso también lleva a la construcción de una raza— (b) cuando ciertas cualidades sociales de algunas personas se consideran distintivas de un grupo humano y les son atribuidas como si fuesen naturales. Lo que es determinante es la naturalización de las características o cualidades.

[Valoración]. La raza construida de este modo, en comparación con la propia, se valora negativamente.

[Reforzamiento]. Las valoraciones efectuadas están de acuerdo con el discurso dominante, lo refuerzan, lo solidifican y, eventualmente, le confieren plenos poderes (Jäger, M. 1999).

La descalificación del término *raza* entre las personas cultas puede comportar que se sustituya el término «raza» por «etnia». En ese caso podríamos hablar de *etnicismo*, pero se trata de la misma lógica (Van Dijk 2001).

Discursos entrecruzados

El conjunto de creencias que dan legitimidad al racismo está presente en el discurso y se transmite a través de él. Podemos tener varias apreciaciones sobre el grado de arraigo del racismo como forma de conocimiento en

Cataluña, en los Países Catalanes o en España, e incluso podemos discrepar sobre si el discurso es racista o no lo es, pero convendremos que existe una o varias corrientes de ideología racista que justifican y legitiman prácticas sociales discriminatorias.

El discurso, entendido como flujo de conocimiento a través del tiempo (Jäger, S. 1999), está compuesto por varios niveles (cotidiano, educativo, de los *media*, académico, etc.) y de varias corrientes y líneas de desarrollo —que también podemos llamar discursos—, por ejemplo, el discurso racista, el discurso sobre la inmigración, el discurso sobre el mundo laboral, el discurso sobre la delincuencia, etc. Estas líneas se entrecruzan y a veces se refuerzan. Por ejemplo, como han demostrado algunas investigaciones, particularmente en Alemania, cuando el discurso sobre la inmigración se cruza con el discurso sobre la delincuencia, es decir, cuando se habla de delitos cometidos por inmigrantes, se refuerza el discurso racista, porque construye «la delincuencia de los extranjeros» y sugiere que los extranjeros tienen más afinidad con la delincuencia.

Justamente, en el caso de los delitos cometidos por inmigrantes, es especialmente adecuada la recomendación que nos ocupa y plantea un dilema al periodista: ¿cómo no contribuir al reforzamiento del discurso racista o, si se prefiere, de las corrientes racistas del discurso —al decir, por ejemplo, que un atracador es marroquí— sin faltar a la verdad o no dar toda la información disponible?

De hecho, el problema es cómo evitar la contribución al discurso racista, sin abandonar los modelos explicativos de los hechos, en particular la explicación de la motivación del delito y de las razones que han llevado a su comisión. Todos los elementos de la información que se facilita forman un conjunto que normalmente se complementa o, mejor dicho, al cual el lector busca una coherencia para poder formarse una representación mental de los hechos. De este modo, ya en la descripción del autor se pueden insinuar o hallar indicios de las razones que le han llevado a cometer el delito. En tal caso, si en la descripción se incluyen elementos constructores de «raza» o «etnia» en el sentido antes aludido, se insinúa que, al menos en parte, se encuentran en la raíz de la comisión del delito. Digo «en parte» porque a veces en las informaciones puede haber explicaciones de las motivaciones del delito. En este caso, la atribución de responsabilidad al rasgo étnico es compartida, parcial. Pero, cuando no hay otro, es casi total.

En concreto porque se cruza con el discurso racista preexistente.

No pasaría lo mismo si la descripción se atuviera a detalles no valorados de forma particular, como por ejemplo llevar una camisa negra o blanca o ser un hombre y llevar el pelo largo o corto, como fue en su momento, y en parte lo es todavía bajo nuevos parámetros.

Las investigaciones, por ejemplo, realizadas en Alemania sobre el tema también muestran que la inclusión de rasgos étnicos casi nunca ayuda a la comprensión de los hechos, sino que aun los distorsiona.

Políticamente correcto

Ciertamente, no se debe ser «políticamente correcto» porque sí, ni seguir estas pautas de forma estricta y ciega. Pero, sobre todo, no porque no sean útiles, sino porque lo importante es su lógica y ésta todavía ultrapasa la nomenclación del «*grupo étnico, el color de la piel, el país de origen, la religión o la cultura*». De hecho, la adscripción étnica puede indicarse dando solamente el nombre del inculcado o inculpada (por ejemplo, «Driss X») o haciendo alguna referencia a su atuendo, o a si habla bien el catalán o el castellano etc. El resultado es el mismo.

Se trata de ver también cómo las informaciones sobre delitos cometidos por inmigrantes pueden reducir o neutralizar el racismo preexistente. No se trata de ser políticamente correcto en abstracto, ni de disculpar o esconder delitos por el mero hecho de que han sido cometidos por inmigrantes. No se trata de xenofilia, ni de representar a los inmigrantes como si no tuvieran ningún defecto. Ni tampoco de silenciar sucesos (entre otras cosas porque siempre acaban conociéndose e intentar silenciarlos dejaría el camino libre para los discursos criminalizadores), sino de desactivar el racismo del discurso sobre la inmigración.

En lugares con más experiencias en esta materia, y perdonen que vuelva a Alemania, la impregnación racista del discurso sobre la inmigración y la delincuencia ha llegado a tal punto que términos que aparentemente no indican *etnicidad* han acabado por adquirirla tantas veces que han sido explícitamente asociados a una etnia. Por ejemplo, si alguien habla de ladrones de coches, se asocia con polacos; de *drogendealer*, con albaneses. Aunque no exista un estudio particular en nuestro caso, no sé si sería

muy aventurado decir que cuando alguien oye o lee «narcotraficante» piensa casi automáticamente en colombianos.

Reflexión, tiempo y recursos

Volviendo al texto del *Manual*, los redactores dicen en este punto que «la reflexión es el mejor antídoto para no reproducir estos esquemas», en relación con la tendencia a destacar aspectos étnicos, en el sentido global compartido por todos los aspectos mencionados, a pesar de que no sea estrictamente necesario.

Creo que tienen razón. El problema es que los periodistas, particularmente en radio y televisión, no suelen tener tiempo para reflexionar; ni tiempo para contrastar, escoger o pulir las informaciones policiales sobre delincuencia; ni la formación adecuada, especializada para encontrar y dar, por ejemplo, alternativas satisfactorias a los porqué *etnicistas* de delitos u otros hechos noticiables que a menudo aparecen vinculados a la religión, costumbres o hábitos de una etnia cuando sólo son particulares de algunas personas.

En algunos casos, salvo los citados sobre delincuencia, se hacen patentes las dificultades para aplicar esta recomendación. Por ejemplo, (y la formulación que voy a expresar va cargada o descargada de significados), los casos de talleres clandestinos de sobreexplotación en torno a los cuales se ven personas con rasgos asiáticos (más si cabe habiendo imágenes); o de informaciones sobre discriminación femenina relacionada a menudo —acertadamente o no— con diferencias culturales o datos estadísticos ofrecidos por instituciones de seguridad ciudadana.

¿Acaso no debemos hablar de ello? ¿Tenemos que ignorar estas informaciones porque pueden tener efectos racistas o xenófobos? Creo que no. Pero tanto o más importante que el no es cómo lo hacemos. Y para eso hace falta tiempo y preparación.

No es difícil constatar que la falta de tiempo y de preparación no está impuesta por la rutina productiva, sino por la falta de recursos. Lo mismo vale para las posibilidades de especialización. Valga por ahora esta reflexión, porque prefiero volver sobre ella más adelante, después de considerar otros puntos del *Manual*.

Veamos la segunda recomendación

Es necesario evitar las generalidades, los maniqueísmos y la simplificación de las informaciones. Los residentes extranjeros no comunitarios son tan poco homogéneos como los autóctonos.

Los manuales de periodismo televisivo norteamericano, de los que emulamos muchas prácticas, contienen una máxima: *simplify and clarify*. Es difícil imaginar cómo se puede combatir algo que casi es una premisa del trabajo periodístico en televisión —y también en la radio— sin cuestionar el propio modelo de periodismo que se ejerce. Muy a menudo se acepta, no sólo implícitamente, que en estos dos medios no hay tiempo ni para la reflexión ni para muchos detalles. En una cadena de televisión, se ha admitido incluso que las informaciones sobre la ablación emitidas estaban descontextualizadas. En otra, las quejas por la ausencia de contexto fueron «excusadas» por falta de tiempo.

Merece la pena observar, antes de proseguir con la crítica, que la problemática de los informativos diarios es diferente a la de algunos semanales. Por lo general, los semanales disponen de más tiempo de preparación y emisión y, a veces, incluso de más dotación. Aun así, siguen siendo programas esporádicos sobre inmigración y de menor impacto social que los informativos diarios.

En los informativos diarios de televisión o radio, la corta duración de los vídeos (entre 45 y 75 segundos) o los escasos minutos de las piezas radiofónicas, no hay espacio para lo que no es simple y claro.

Desánimo, cinismo, conformismo

En cualquier caso, la aceptación, explícita o implícita, de un periodismo diario mal hecho quizá no sea un acto de cinismo, pero sí un síntoma de desánimo, cuando no de conformismo claudicando o de una cierta irresponsabilidad.

Esta postura me recuerda un estudio —no voy a decir de quién— que leí hace poco sobre la cobertura de los hechos del 12 de octubre de 1999. El autor decía:

«Respondiendo a la pregunta que se nos planteó inicialmente de si existían indicios de negligencia por parte de los periodistas y los diarios y si, en resumidas cuentas, se habían vulnerado determinados puntos del Código

deontológico, debemos concluir que el tratamiento concedido por la prensa a los hechos acaecidos en el barrio de Sants no es precisamente un caso atípico. En efecto, se podría afirmar que se han vulnerado varios puntos del Código deontológico, pero esta conclusión por sí sola no tiene consistencia, debe compararse con el tratamiento de otras noticias parecidas. De este modo nos damos cuenta que cada día y en cada diario y en noticias diferentes se pueden observar, en uno u otro lugar, indicios que vulneran el Código deontológico. En este sentido recuerda las inspecciones de Hacienda: siempre encuentran algo que se podría hacer mejor; o los requisitos para abrir un local comercial: que siempre queda algo por hacer.»

Una conclusión edificante, sin duda.

Buenas intenciones y estereotipos

Por suerte, parece que estamos bastante lejos de simplificaciones tópicas y negativas como «los moros son sucios» o «los chinos son mafiosos». Unos estudios realizados por encargo precisamente del CAC sobre la imagen de las minorías en la televisión (E3/1999) han constatado que:

«Existe una preocupación real en todas las cadenas para eliminar con exquisitez cualquier rastro de lenguaje que pudiera parecer xenófobo; muchas producciones y muchos programas expresan esta preocupación y tiene una alta calidad, algo aún más patente en las producciones propias de las televisiones analizadas; se ha constatado que se realiza un esfuerzo serio para presentar una visión positiva de los valores culturales y humanos de estas minorías.»

Sin embargo, los mismos estudios también constataban que:

«El discurso televisivo referente a las minorías étnicas tiende a reproducir un conjunto de estereotipos basados en el etnocentrismo y en un cierto paternalismo.»

«Las realidades presentadas, en general, hacen referencia a situaciones dramáticas, pero no explican datos económicos o culturales si no es para acentuar su dramatismo o exotismo. Asimismo, las etnias aparecen en las televisiones como etnias diferenciadas, para hablar de problemas que se podrían considerar étnicos.»

También es cierto que la presencia de las minorías no se ha normalizado informativamente y que no se habla de ellas

cuando se habla de «literatura, urbanismo o medio ambiente, a pesar de que, en nuestro país, también hay licenciados universitarios gitanos [los estudios incluían también el caso de esta minoría], magrebíes o negroafricanos». Pero, sin disculpar que no se hable de los casos normalizados, la situación de las minorías, particularmente de los inmigrantes, tampoco está social y políticamente normalizada.

Los estudios encargados por el CAC coinciden con la estimación de los autores del *Manual*, en tanto que persiste una cierta tendencia a *etnificar* la realidad social. Ahora bien, eso no refleja solamente un aspecto negativo. Es cierto que los distintos colectivos de inmigrantes son tan variados como la sociedad de acogida y, por tanto, algunas generalizaciones en algunos contextos son simplificadoras en exceso y, por consiguiente, deforman y desinforman. De hecho, esta sociedad de acogida ya tiene incorporados varios sectores de inmigración que *de facto* la hacen más diversa.

Pero no por ello tenemos que evitar por sistema las denominaciones colectivas. ¿Por qué? Pues porque en según qué contextos, todos los individuos de un grupo minoritario son susceptibles de sufrir discriminación por el mero hecho de pertenecer a él. Entonces será pertinente utilizar el término colectivo. Es el caso de los marroquíes en Ca n'Anglada o de las comunidades a las que se les pone impedimentos para construir una mezquita.

Es cierto que, con frecuencia, las informaciones en las que aparecen inmigrantes son relativas a conflictos. Pero no podemos ignorar los conflictos. Son los motores del cambio. Otra cosa es cómo hablemos de ellos, pero de eso ya nos ocuparemos más adelante. En cuanto a este apartado, lo importante es identificar con precisión los actores y a veces uno de los actores es uno de los colectivos tratados.

Es más, a veces es evidente quién es el agresor y quién el agredido. Si la persona o personas en cuestión han sido agredidas porque pertenecen a un grupo diferente a la mayoría, la generalización es pertinente. En estos casos, el peligro de la generalización sólo existe cuando la agresión no ha tenido nada que ver con esta razón [lo cual, es cierto, no siempre es fácil de dilucidar].

Dado que hemos entrado en la identificación de los actores, aunque aparentemente se aleje del tema hay que mencionar cómo fue descrita la parte agresora en la atención prestada por la prensa a los ataques racistas en

Ca n'Anglada (verano de 1999). Algunos diarios, televisiones y radios identificaron como agresores al «barrio de Ca n'Anglada» o a «los vecinos de Ca n'Anglada».

En primer lugar, vecinos del barrio lo eran tanto los agresores como los agredidos. En segundo lugar, no todos los vecinos (salvo los de origen extranjero) fueron agresores. La generalización que supone identificar a todo el barrio o a todos los vecinos de origen no marroquí como agresores, aparte de ser falsa, no contribuye precisamente a resolver ni reducir el conflicto. Más adelante retomaremos este aspecto.

Todavía hay otro aspecto en relación con las generalizaciones que me gustaría mencionar, a pesar de que abre un escenario propio que sobrepasa esta ponencia. No sólo los inmigrantes son diversos, sino que dentro un mismo grupo existe una «pequeña» diferencia que a menudo queda oculta por el uso del masculino plural como plural genérico. La problemática social de las mujeres inmigrantes debe ser, y creo que empieza a serlo, motivo de atención para los medios de comunicación.

Lo que he dicho hasta ahora en este apartado no contradice la recomendación del *Manual* de preguntar a las personas implicadas cómo desean ser nombradas, tanto individualmente como colectivamente, pero sí que introduce un matiz. A saber, de forma particular en los casos de conflictos, la responsabilidad de describir con precisión los actores —agresores y agredidos— corresponde al trabajo periodístico. Los actores, unos y otros, tendrán interés a describirse a sí mismos de la forma que más los beneficie y por eso mismo la decisión periodística debe ser independiente (que no necesariamente imparcial).

Una cuestión crucial, que explica algunos de los síntomas anteriores de desánimo, aparece cuando el animado reportero pide una semana o quince días, necesarios para elaborar un reportaje minucioso, con el objetivo de huir de la simplicidad y la generalización, y la respuesta es persistentemente negativa. De nuevo, la cuestión de los recursos.

Pasemos a la tercera recomendación

No deben potenciarse las informaciones negativas ni las sensacionalistas. Hay que evitar crear inútilmente conflictos y dramatizarlos. Hay que potenciar la búsqueda de noticias positivas.

La primera y la tercera frase son suficientemente explícitas: no deben potenciarse las informaciones negativas ni las sensacionalistas y sí, en cambio, la búsqueda de noticias positivas. La cuestión que se plantea es por qué los medios de comunicación, en general, potencian unas y no otras, y no sólo en el discurso sobre la inmigración o las minorías en general, sino con todo tipo de temas.

De hecho, constatar que es habitual corresponde a ese comentario que sigue a múltiples reproches que reciben los *media* en relación con la atención prestada por la prensa a campos muy diferentes. Quizá sería bueno empezar a pensar como remodelar, reconducir, o quizá invertir en algunos campos este tipo de lógica negativista tan implícitamente aceptada. Pero antes, sigamos con el comentario de la tercera recomendación.

La respuesta a la pregunta de por qué los medios potencian a menudo las informaciones negativas y sensacionalistas y no las positivas no es simple ni única. La predilección por este tipo de informaciones responde de forma combinada a varios elementos, que cambian en función de la temática. Por ejemplo, en el caso de la política se produce una coincidencia en líneas generales con un tratamiento negativo, exceptuando la fácil publicación o emisión de noticias positivas sobre el poder político más afín a la dirección del medio de comunicación. Algo tan común, por otro lado, que ya no sorprende a nadie.

La lógica de los costes y los beneficios

Dado que la casuística es amplia y no es momento de agotarla, me gustaría señalar, a modo de ejemplo, que el tratamiento informativo de los accidentes de coches es una muestra de la lógica común que redundará con insistencia en muchos otros casos. Y que, cuando menos, funciona como un filtro para decidir de qué temas se informa y de cuáles no. ¿Qué explicación tiene que, continuamente, las televisiones ofrezcan informaciones sobre accidentes de carretera? Son extremadamente económicos y reúnen los elementos considerados esenciales en televisión (tienen imágenes espectaculares, sorprendentes, con un gran rendimiento emocional).

Informar sobre un accidente —superficialmente, claro— es lo más sencillo y barato. No hace falta preparación específica, a no ser que se trate de una auténtica catástrofe, porque la superficialidad de lo que sucede llena el espacio

y el tiempo necesarios para hacer un vídeo de un informativo. ¿Qué ha pasado? El accidente, las imágenes. ¿Quién ha sido? Los muertos. ¿Dónde ha sido? No importa. ¿Cuándo? Si hace poco tiempo, mejor. ¿Cómo se ha producido? Éste por aquí, el otro por allá. ¿Y el porqué? Con suerte se puede especular y, si no, quién sabe.

La espectacularidad destaca por sí sola y los hechos negativos también. Además, y aquí vuelve a hacer acto de presencia la economía, ambas características tienen asegurados casi siempre índices de audiencia altos y eso equivale a mayores ingresos.

Paradigma crítico

Desde un punto de vista crítico, los medios de comunicación de masas se preocupan más por lo que no va bien que por lo que sí va bien y es de esperar que así sea en relación con los que ocupan puestos de poder. Responde a una concepción progresista de los medios de comunicación — control del poder, de sus promesas, de su eficiencia, del servicio a los ciudadanos, etc.— que, sin embargo, si no va más allá, pierde de vista la responsabilidad de los medios como productores de discurso y, por tanto, co-constructores de la representación mental de la realidad y, por consiguiente, a través de esta función, como co-determinadores de las acciones que la transforman, por tanto, también en co-transformadores. De hecho, el discurso es parte e instrumento al mismo tiempo de transformación de la realidad.

El paradigma crítico ya hace tiempo que se ha ampliado con esta nueva concepción tanto en el mundo académico como en numerosos sectores profesionales, pero todavía no está suficientemente extendido. Por otro lado, la lógica económica de las empresas privadas o públicas se contrapone a este paradigma. Seguramente, no tanto por las ideas expresadas públicamente por sus jefes, y sí en el momento de pasar a invertir los recursos necesarios para trabajar con otra lógica.

Peligros de otra lógica

El esfuerzo por encontrar y difundir noticias positivas y no potenciar las negativas acarrea, a mi modo de ver, como contrapartida, el peligro de caer en un cierto paternalismo. Veamos dos ejemplos.

Caso a) Se puede hacer una noticia del hallazgo y el retorno

al propietario de una cartera con dos millones de pesetas. Y se puede decir, o no, y en diferentes grados de énfasis, que quien la encontró y la devolvió era una persona marroquí.

Caso b) Se podía informar, o no, de cómo funcionaban las colas de regularización. De cómo unas cuantas personas ocupaban los primeros lugares y los vendían por sumas considerables de dinero.

En el primer caso, el de los dos millones, convendremos que si se presenta como noticia —aunque sea con toda la buena intención del mundo— que «un» marroquí ha encontrado y ha devuelto la cartera, se puede hacer, en primer lugar, una lectura paternalista y, en segundo lugar, una lectura racista: es noticia porque es la excepción.

En el segundo caso, ¿cómo informar de la pequeña mafia integrada también por inmigrantes que se aprovechan inmoralmente de los demás montando ese negocio? Informar de ello puede contribuir a acabar con el abuso y también puede contribuir a fomentar una imagen negativa de los que solicitan su regularización.

Creo que pueden darse ambas informaciones, pero si no se tiene cuidado de cómo se hace, de qué se elige como elemento noticiable, de qué se pone en primer plano y qué en segundo, el resultado puede ser desastroso. Para hacerlo de forma no discriminatoria, no racista, hace falta preparación y tiempo. Ustedes sabrán decirme si estos dos bienes son escasos o no lo son en la economía política de los medios de comunicación.

No todo es un desastre, ni mucho menos. Hay muchísimos ejemplos de informaciones hechas, para que nos entendamos, en consonancia con lo que recomienda el *Manual*. Por ejemplo, en los reportajes sobre educación e inmigración. Hay muchos otros, por supuesto. Sin embargo, quiero detenerme sólo un instante en un tipo diferente y particular. En aquellas informaciones que explican que Europa necesita tantos miles de inmigrantes o que las pensiones o la seguridad social no aguantarán si no se incorporan «x» miles o millones de inmigrantes a Europa.

Creo que es positivo el esfuerzo subyacente en este tipo de referencias periodísticas para ofrecer una imagen positiva de la inmigración. No obstante, hay que velar, suministrando el contexto adecuado, por que el producto resultante no comporte una visión utilitarista de la inmigración: ¡es buena mientras podamos sacarle provecho!

Conflictos, sí

También guiados por la voluntad de normalización, según los autores del *Manual* no hay que crear inútilmente conflictos y dramatizarlos. Estoy de acuerdo. Ahora bien, esta recomendación converge —no es que coincida, sino que converge— con los resultados de varios estudios sobre el tratamiento de las minorías y también con la queja expresada muchas veces por representantes de inmigrantes u organizaciones solidarias, en el sentido que casi se habla solamente de inmigrantes cuando se trata de conflictos. Creo que bastantes periodistas también están de acuerdo.

Convergen, pero son diferentes. Si no las distinguimos podríamos estar tentados a esconder o minimizar conflictos existentes. Nadie discute que no es necesario crear conflictos y dramatizarlos. La otra cuestión, sí.

Existen muchos conflictos. Desde la Ley de Extranjería hasta los sueldos que cobran los inmigrantes, pasando por multitud de situaciones de discriminación. Ojalá no hubiera motivos para el conflicto, pero mientras haya motivos, habrá conflictos y se manifestarán como tal. Si no es así, peor, un día explotará la caja de los truenos y nadie sabrá explicárselo. Es más, si las personas preocupadas por un periodismo no discriminatorio no se ocupan del tema, dejaremos el camino libre para que lo hagan otros, con todos los riesgos que ello conlleva.

Cómo los tratamos

Habiendo aceptado que tenemos que tratar los conflictos y sus raíces, el problema estriba en cómo debemos tratarlos. Las cuestiones cruciales son las siguientes:

- ¿Cómo hay que describir a los actores? ¿Qué actores son los principales y cuáles son los secundarios? ¿Cuáles son los activos? ¿Cuáles los pasivos?
- ¿Cómo hay que describir el problema? ¿Se ha analizado correctamente?
- ¿Cómo se describen sus acciones? ¿Se omiten?
- ¿Qué fuentes utilizamos? ¿A quién citamos? ¿Cómo tenemos que presentar las citas?

Sobre cada uno de estos puntos se podría hilvanar un nuevo comentario, pero me limitaré a hacer unas consideraciones generales y, luego, retomando el último punto —las fuentes— haré una recomendación.

En primer lugar, la consideración general. Cuando los

actores de un conflicto hablan del propio conflicto, siguen lo que Van Dijk llama «cuadrado ideológico», es decir:

- Hacen hincapié en sus propias cualidades positivas, sus éxitos, sus acciones y las de sus aliados.
- Mitigan —y si pueden silencian— las cualidades positivas de los contrincantes, de sus acciones y de las de sus aliados.
- Mitigan —y si pueden silencian— sus propias cualidades negativas, sus fracasos, sus derrotas, sus acciones negativas y las de sus aliados.
- Hacen hincapié en las cualidades negativas de los contrincantes, los fracasos, las derrotas, las acciones negativas de éstos y las de sus aliados.

En vista de la forma en que la estrategia comunicativa de los actores impregna su discurso sobre los distintos aspectos del conflicto, deben dispararse todas las alarmas periodísticas para evitar que el discurso periodístico, que necesariamente debe tratar con los actores, se convierta en un instrumento de reproducción y reforzamiento de la discriminación y el racismo.

Las alarmas afectan múltiples niveles, por ejemplo, las selecciones léxicas [es el caso de la conocida inconveniencia de utilizar el término «ilegal»], la argumentación, la estilística, etc. Por eso los autores del *Manual* cierran la recomendación con las palabras siguientes:

«Es necesario desterrar términos que nos hemos acostumbrado a ver en los medios de comunicación. Relacionar directamente «invasión», «brote», «alud» o «grandes oleadas», con individuos inmigrantes, perjudica sensiblemente la imagen social de los residentes extranjeros no comunitarios.»

Otro ámbito de alarma es el de las fuentes de información.

La cuarta recomendación

Ecuanimidad en las fuentes de información. Es necesario contrastar las versiones institucionales. Hay que potenciar las propias de las minorías étnicas y tener especial cuidado en las informaciones referidas a los países de origen. La publicación de las rectificaciones como elementos que inciden en la calidad del medio informativo.

Por lo que se acaba de argumentar sobre la conducta de los actores en los conflictos, especialmente si tenemos en cuenta que algunos disponen de poder y otros no, resulta inapelable la recomendación de ecuanimidad en las fuentes.

El *Manual* afirma, en la argumentación de este punto, que las fuentes más consultadas cuando se cubre una información relativa a una minoría étnica o a un colectivo de inmigrantes son, por este orden: ministerios, expertos en inmigración, servicios sociales, ONG, fuerzas de seguridad, ayuntamientos, etc.

Así las cosas, la primera pregunta es ¿las cosas siguen igual? ¿Han empeorado? ¿Han mejorado? Los testimonios que he recabado son de dos tipos. Por una parte, en relación con la cobertura de los desalojos que empezaron en plaza Catalunya, la jerarquía de fuentes continúa siendo más o menos igual, con una clara secuencia del orden de prioridades: primeramente, la Delegación del Gobierno, después la Generalitat y, en tercer lugar, el Ayuntamiento. Curiosamente, de las tres instituciones, la más próxima a los inmigrantes es la tercera, y lo digo, por si hace falta matizar, tanto en negativo como en positivo.

Por otra parte, las estimaciones sobre las dificultades de acceso a portavoces, interlocutores o representantes de los colectivos de inmigrantes oscilan entre los que no perciben una especial dificultad, en general, pero sobre todo en programas no diarios, y los que notan precisamente la dificultad de acceso y de relación cuando se trata sobre todo de programas diarios.

En principio, los periodistas no se ven especialmente empujados a obtener fuentes adecuadas si éstas no son valoradas en las redacciones de televisión. El trabajo cotidiano empuja a hacer vídeos más que a darles calidad informativa. Vídeos ágiles, impactantes y cortos.

Razones no unívocas

De todos modos, las explicaciones de estas dificultades tampoco son unívocas. Van de las prevenciones razonables de quien está acostumbrado a que sólo le llamen cuando hay disputas, a las diferentes maneras de entender la autoorganización y las necesidades particulares de la lógica operativa de los medios. En parte, los medios han logrado, con su dinámica, imponer ritmos y formas de ser en la vida política ordinaria (ruedas de prensa, declaraciones

pensadas para los cortes de voz de los vídeos, inauguraciones para conseguir un minuto de propaganda sin pagar, etc.). No debe extrañar que colectivos relativamente nuevos en esta sociedad, acaso con costumbres relacionales diferentes, se resistan a las pautas habituales.

Debemos encontrar, por tanto, un marco de intercambio permanente entre los colectivos de inmigrantes y los periodistas para establecer unas relaciones fluidas a través del aprendizaje mutuo. La presencia de especialistas en las redacciones o la especialización de reporteros facilitaría la relación y la comprensión de los problemas apuntados.

Iniciativas europeas

Ahora bien, las dificultades de destinar especialistas o de invertir tiempo en mayor formación ha llevado, tanto en el caso alemán como en las recomendaciones elaboradas por la Unión Europea de Radiodifusión (Broadcasting), a sugerir que se incorporen a las redacciones periodistas de las minorías. No para que se ocupen de ellas en exclusiva, sino porque, además, como se ha comprobado, su presencia contribuiría a un trabajo de mayor calidad informativa del conjunto de la redacción en esta materia.

Las iniciativas han sido variadas y desde hace tiempo. De hecho, ya desde 1988, el Parlamento Europeo aprobó una recomendación para que representantes de organizaciones de inmigrantes y grupos minoritarios fuesen incluidos en los consejos de administración de los medios de comunicación públicos. En otro caso, por ejemplo, los participantes en un simposio organizado por el Consejo de Europa y el Ministerio de Bienestar holandés en 1988 sugirieron que en la adjudicación de fondos de los gobiernos a los medios de comunicación públicos fuese obligatorio subvencionar los canales que tuvieran una política de contratación, de formación inicial y continuada para periodistas y programadores de origen inmigrante. La recomendación es vieja, pero hasta ahora no lo era la urgencia de aplicarla aquí.

Contrastar

Parece increíble que haya que hacer un comentario sobre la necesidad de contrastar la información, pero todavía resuena en mi cabeza la voz de un presentador que dio entrada a un vídeo y dijo: «Las costas andaluces recibieron ayer el mayor alud jamás registrado de pateras cargadas de

inmigrantes», sin mencionar de dónde venía la información, quién valoraba los datos ni justificar por qué se utilizaba el término «alud».

Tanto esta información como aquellas alarmistas que precedieron a la reforma de la Ley de Extranjería proliferaron en el conjunto de los medios, salvo alguna honorable excepción, coladas de la forma más espectacular. «Oleada», «avalancha», «invasión», «desbordamiento de los servicios», fueron términos repetidos que contribuyeron a formar una imagen amenazadora de los «otros» en contraposición a unos amenazados «nosotros».

Sobre la información de los países de origen, sólo apuntaré la gran ignorancia que todavía tenemos de ellos, de sus culturas y, por tanto, de sus emigrantes, nuestros inmigrantes. En particular, los tópicos y las generalizaciones gratuitas sobre el islam o los países musulmanes son, en principio, la base para levantar aún más la mirada de superioridad de Occidente hacia Oriente o el Sur más próximo. Pero también son el puente para proyectar las sospechas del llamado «extremismo islámico» sobre miles de inmigrantes y preparar así el terreno de la xenofobia.

Habría que preguntarnos cuál ha sido y es la tendencia en los medios de comunicación desde los atentados en Nueva York y Washington.

Para cerrar este punto sobre rectificaciones en las cadenas de televisión, el día que se emita alguna será un hito histórico. Los medios de comunicación son esclavos de su credibilidad y, por ahora, rectificar, en lugar de aumentarla, la erosiona, o al menos así se percibe en líneas generales. Y en parte es cierto. Sólo cuando el coste en credibilidad por no hacer la rectificación sea mayor que el coste de haberla hecho cambiará la percepción de los responsables de los *media*. Aquí entra el papel de la sociedad civil, incluido el de las universidades.

La quinta recomendación

Responsabilidad de los profesionales. La importancia de la ubicación física de la información. El «efecto dominó». Utilización del material gráfico.

Como dicen los autores del *Manual de estilo*, el contexto

en que se ubican las informaciones determina, en parte, la carga positiva o negativa que adoptará su lectura. De forma similar, la posición en la escaleta —la secuenciación de los vídeos o cintas en un informativo de televisión o radio— puede influir en la recepción de la noticia. Por ejemplo, si las noticias sobre inmigración siempre figuran al lado de los sucesos, atracos y desgracias varias, sufren lo que se conoce como «efecto dominó», al quedar contaminadas por la carga negativa de su entorno. En el caso de la prensa escrita se produce un fenómeno paralelo.

Los editores, jefes de área o de sección o de cierre suelen ser los responsables de la ubicación de las informaciones y, por tanto, esta recomendación va dirigida sobre todo a estas personas.

La sección de sociedad

Me parece que las redacciones tienen una desventaja estructural que se proyecta sobre la inmigración tanto como sobre otros temas de los habitualmente llamados secciones de sociedad. No hace mucho, una periodista me dijo que la información sobre la inmigración compite en el espacio con la información sobre las clases bajas de la sociedad, y podríamos añadir que con los demás temas de este cajón de sastre llamado «Sociedad».

Eso no es todo. A la ausencia de especialistas en inmigración se añade que, en algunos casos, las personas asignadas son las encargadas de sucesos, la crónica judicial o policial o temáticas de este tipo. No es que, como periodistas, no estén capacitados para esta tarea, sino que no es una buena base de partida «judicializar» la información sobre los inmigrantes. Tampoco es muy buena idea que quien debe trabajar continuamente con fuentes policiales y, por tanto, debe estar muy atento de que no le despidan por lo que publica, también deba ocuparse de la inmigración, que precisamente no tiene muy buenas relaciones con la policía.

No se trata, claro está, solamente de las redacciones. Algunos gobiernos prefieren que la cuestión de la inmigración dependa de Interior y no de Bienestar Social o de algún ministerio similar.

La reforma necesaria de las redacciones para prestar más atención a los problemas y realidades de nuestra sociedad también es el marco para reubicar la cobertura de la inmigración.

El reino de la imagen

Sobre la utilización del material gráfico, sólo quiero hacer dos comentarios. Uno particular con proyección general y otro general con proyección particular.

El primero es sobre las imágenes de pateras, guardias civiles reconduciendo a los que han atrapado y los cuerpos, tantas veces, de los que han muerto en las playas. Son imágenes que tienen múltiples lecturas y no es mi intención deletrearlas. Sólo quiero apuntar que su proliferación ahonda en la imagen descompensada, dramática, trágica de la inmigración. No es que no deban darse, sino que la cantidad de veces que se dan supone un salto cualitativo en la percepción negativa de la inmigración como problema.

Otra cosa es que son imágenes de coste tan bajo como las de los accidentes y eso, en parte, explica su proliferación. Particularmente cuando son de archivo.

El segundo comentario es casi un tópico en la discusión sobre periodismo y televisión. «Si no hay imágenes, no es noticia» y al revés, porque, como podemos comprobar casi a diario, también es cierto que «si hay imágenes, es noticia». Esto es una barbaridad que no se aplica solamente a las pateras, sino que rige para cualquier consejo de redacción. Es la teorización del asentamiento en la superficialidad de los hechos y de las personas. Debemos revisar rigurosamente los criterios de lo que es noticiable.

Sobre la consecución del material gráfico, me gustaría hacer otra consideración. En muchas ocasiones, los periodistas gráficos, tanto fotógrafos como cámaras de televisión y el reportero que ha estado al lado de éstos, han podido comprobar que su presencia ha alterado el comportamiento de las personas presentes.

Éste fue el caso, durante la cobertura de Ca n'Anglada, de ese chico que decía que saldría esa noche a matar moros, emitidas tantas veces por TV3 y TVE. O también el del episodio de los insultos y las bobadas que J. M. dijo a Hafida, una mujer marroquí que estaba hablando con periodistas (entre ellos un equipo de televisión). Según la crónica de uno de los diarios, (*El Periódico*, 16-7-99) después de acercarse pasó lo siguiente:

Juan Martínez le dijo a Hafida: «Hijos de puta, aquí sobráis. Nos robáis el trabajo y no pagáis impuestos, pero os dan ayudas, casas y colegios. Cuando no haya ningún español en la cola del paro, entonces os tocará a vosotros»...

Y sigue Juan Martínez: «Os habéis equivocado y os iréis a tomar por el culo, porque no sois más que mierda.»

Hafida contesta: «Mierda lo será usted», y la mujer de Juan le dice a Hafida: «Antes de hablar lávate, que todosapestáis». «Señora, que yo me lavo cada día», responde Hafida.

Dar esta información sin tener en cuenta ni el efecto «incitador» de las cámaras, ni que el público fácilmente puede pensar que estos testimonios son representativos de uno de los grupos en conflicto, no me parece que contribuya a una descripción precisa de la situación y sí, en cambio, a una agudización del enfrentamiento.

Pasemos a la sexta recomendación

Militancia periodística: hacia una multi-interculturalidad enriquecedora para todos. La potenciación de las informaciones en positivo.

Cuando se observa la realidad y no sólo a través de los medios de comunicación de masas, aunque también a través de ellos, y se reflexiona sobre las recomendaciones que se han expresado hasta ahora, queda una cierta desazón.

¿Basta con intentar traer más fuentes de los inmigrantes? ¿Basta con promover informaciones positivas y no las negativas? ¿Basta con desplegar un discurso no discriminatorio? ¿Basta con intentar que en los conflictos los actores con poder no impongan su discurso? ¿Basta que los medios sean mediadores entre la realidad y la sociedad, que la expliquen? ¿Basta con estas medidas?

La aplicación efectiva del conjunto de recomendaciones expuesto sería un gran paso adelante, pero creo que no es suficiente. Por tres razones diferentes:

- No basta con voluntarismo, hacen falta estructuras internas y externas a los medios.
- La transformación hacia una sociedad multi-intercultural está, por lo menos, tan repleta de conflictos como la sociedad precedente. Es más, ésta es la materia prima de los medios de comunicación y de la transformación. Desde que los medios empiezan a hablar de ella, ellos mismos se convierten en actores, porque su discurso afecta el desarrollo del conflicto.

- La neutralidad ante la injusticia no existe y, por tanto, es necesaria una militancia permanentemente despierta y en evolución.

Vayamos por partes.

a) necesitan estructuras, porque no basta con el voluntarismo. Como es manifiesto, la escasa disposición a invertir en más recursos humanos, derivada de la estructura económica de los medios, es el factor más destacado entre los vectores que empujan hacia la simplificación, la trivialización, el sensacionalismo y que tendencialmente impiden un trabajo periodístico serio, minucioso.

a-1) Es necesaria una instancia interna dentro de los medios para contrarrestar esta dinámica y velar por la calidad de la producción periodística. No se trata solamente de un defensor del lector, que sólo actúa a raíz de las quejas de los lectores y tiene un ínfimo margen de maniobra. Se trata de una especie de comisión de control de calidad, de composición variada (podrían formar parte de ella periodistas, sociólogos, psicólogos, antropólogos, etc.), que puede actuar tanto por las quejas como por iniciativa propia. Que, por ejemplo, puede discutir la decisión de un jefe de sección o de un redactor jefe cuando éste quiere enviar al becario recién llegado a cubrir un tema sobre el que no ha recibido preparación.

¿Acaso no hay empresas que tienen prohibido comercializar sus productos si no pasan un control de calidad? ¿Acaso no existe, incluso en la policía, una brigada de asuntos internos?

Además, si fuese interna sería más fácil de aceptar por parte de los *media*, porque podría hacer que las discusiones no se hicieran públicas, de modo que no erosionasen la credibilidad del medio. Si fuese operativa, podría disminuir la crítica pública a la misión de los medios, críticas que proceden tanto de algunos estudios académicos como de los propios implicados en los conflictos, para el caso que nos ocupa, los inmigrantes.

a-2) De hecho, tanto si es operativa como si no, la universidad debe tomar parte en el proceso de crítica del trabajo de los medios del modo más constructivo posible. La constitución de un observatorio de la cobertura de conflictos en la UAB, ya en marcha, tiene este objetivo principal.

a-3) Pero también la alerta de las organizaciones de defensa de los inmigrantes deben tener un papel activo en

esta crítica. La eventual erosión de la credibilidad de los medios causada por críticas fundamentadas, y la consiguiente pérdida de lectores o de audiencia puede compensar, entre otras cosas, las reticencias a invertir más recursos para una mejor información.

b) La transformación hacia una sociedad multi-intercultural está, por lo menos, tan repleta de conflictos como la sociedad precedente.

Es más, los conflictos son la materia prima de los *media* y de la transformación social y desde el momento en que los medios empiezan a hablar de los conflictos, ellos mismos se convierten en actores de estos conflictos porque su discurso afecta su desarrollo.

Los conflictos existen porque hay motivos para que existan. Permítanme que ponga como ejemplo el conflicto o los conflictos en torno a la Ley de Extranjería. A continuación voy a exponer algunas de las críticas de SOS Racismo a la Ley de Extranjería en vigor:

- Recorta drásticamente los derechos de las personas inmigradas, sobre todo de las irregulares.
- Los extranjeros pagan los mismos impuestos que los españoles, pero no se benefician de los mismos derechos.
- Si se quedan sin contrato de trabajo, normalmente, las personas inmigradas pierden el derecho a vivir en nuestro país.
- Una persona, por el mero hecho de no tener papeles, puede ser privada de libertad hasta 40 días o ser expulsada, o ambas cosas, a pesar de que lleve años viviendo en el país.
- En caso de expulsión, puede prohibirse una nueva entrada por un período que puede llegar a 10 años.
- Los extranjeros irregulares no tienen derecho de asociación, reunión, manifestación, sindicación y huelga, contraviniendo la Constitución Española y la Declaración Universal de los Derechos Humanos.
- Un extranjero comunitario puede votar en las elecciones municipales desde el momento en que se inscribe en el censo, pero un extracomunitario no podrá votar jamás.
- Aunque sea el primero de la clase, un alumno no tendrá derecho a acceder al bachillerato, ni a la formación profesional, ni a la universidad, si su padre se encuentra en situación irregular.

Si aceptamos que todos estos puntos son ciertos, de lo

cual no tengo dudas porque denuncian la discriminación objetivable que establece la Ley, la situación de los inmigrantes no es precisamente de lo más satisfactoria. Además, y en parte como consecuencia de las sucesivas leyes de extranjería, según datos de la propia organización, aproximadamente un 40% de los inmigrantes trabaja en situación de explotación laboral.

De éstos y de los que ahora no menciono, creo que deberemos hablar largo y tendido.

c) Por una militancia en evolución permanente

En la cobertura de Ca n'Anglada, con más o menos acierto, la mayoría de los periodistas ejerció una militancia antirracista frente a las agresiones sufridas por los marroquíes. Pero aquí no terminan los derechos de los inmigrantes, ¿no es cierto?

Los puntos destacados en el apartado anterior, ¿son o no base de conflictos? La neutralidad en estos casos es, en la práctica, una posición favorable al conformismo, a la inmovilidad, a favor de quien tiene las de ganar.

La sociedad del futuro es un proyecto abierto a la aportación de todos para el que nadie tiene recetas mágicas. Para participar en él, también desde el periodismo, es necesaria una actitud militante y abierta a su evolución permanente.

No hay que despreciar las recomendaciones, puesto que son útiles, pero quizá también sea necesario cambiarlas, porque lo importante es comprender la lógica de los tiempos y de las sociedades, para intervenir en ellas y transformarlas.